



HEROÍSMO sobre ruedas

A propósito de *El ciclista* de Tim Krabbé

JUAN
CARLOS
ORREGO
ARISMENDI

En un peculiar libro aparecido hace un lustro, *Elogio de la bicicleta* (2008), el antropólogo francés Marc Augé propone una teoría audaz para explicar por qué ningún ciclista francés ha vuelto a ganar el Tour de Francia después de Bernard Hinault, coronado por última vez en 1985: ya habrían acabado, en el país galo, los días en que se podía ser héroe cotidiano sobre una bicicleta, experiencia sine qua non para el surgimiento del mítico propósito de ganar la afamada competición. Por haberse extinguido los obreros en bicicleta en la campaña francesa —es lo que sugiere el antropólogo—, hoy en día nadie conoce, allí, el heroísmo básico del que beben espiritualmente los campeones. Mientras tanto, en España e Italia, donde todavía quedan carteros desharrapados y *ladrones de bicicletas*, los campeones de vueltas, giros y tours se cosechan por montones.

Quién puede dudar de que la viñeta posmoderna de Augé —esa en que, supone uno, los Renault y los Citroën han reemplazado hasta a los burros— es tendenciosa, y tiene más de impresionismo que de etnografía. Pero, al mismo tiempo, quién puede dudar de que el ciclismo francés se ha hecho pusilánime en las últimas

tres décadas; basta considerar que el último nativo que tuvo protagonismo visible en el Tour fue Richard Virenque, quien, como si fuera uno de los escarabajos colombianos de los años ochenta, se conformó con ganar la camiseta de pepas rojas del líder de montaña y con alzar los brazos en la meta una o dos veces por año. El último francés que subió al podio antes que él, Laurent Fignon, solo es un poco menos patético: todavía se le recuerda, ridículo y malgeniado, cruzando la meta en la última etapa de 1989, en la contrarreloj de París, y perdiendo el campeonato con Greg Lemond por solo ocho segundos. Pareciera que el último héroe legítimo del ciclismo francés hubiera sido Jean-François Bernard, quien a pesar de su juventud luchó a brazo partido con Stephen Roche y “Perico” Delgado en el Tour de 1987, y quien, como Eddy Merckx en 1970, ganó la mítica etapa del Mont Ventoux al precio de desmayarse por hipoxia sobre la raya de meta. Gloria francesa y desgracia colombiana, por lo demás: en esa etapa, Bernard pulverizó los cronómetros y relegó al segundo lugar de la cronoescalada —por más de un minuto y medio— al mejor “Lucho” Herrera.

A un lado de las anécdotas, y de vuelta al libro de Augé, interesa particularmente su manera de entender qué es lo que hace al “héroe perfecto” del ciclismo: “el coraje, la inteligencia, el buen porte y la desgracia” (Augé, 2009: 26). Obviamente que el coraje; pero la desgracia, en no poca medida la desgracia, es lo que conforma ese heroísmo. Por lo menos así queda claro en *El ciclista*, novela autobiográfica del holandés Tim Krabbé —ciclista profesional y campeón de ajedrez, nacido en Ámsterdam en 1943—, aparecida originalmente en 1978 y publicada en español, en varias ediciones, en 2010. Que el heroísmo sobre dos ruedas tiene que ver con lo aciago lo prueba el solo plan general de la novela, en la cual se narra la participación de Krabbé en el Tour

del Mont Aigoual y cómo, sobre la misma línea de llegada, perdió la competencia con un petimetre de 19 años.

Llama la atención que no haya más novelas sobre ciclismo, o, más exactamente, que su número sea inferior al de las obras literarias que se interesan por el boxeo o el fútbol. En un estrecho cuadrilátero y en 48 minutos de pelea sólo podría alojarse, a duras penas, un cuento monótono. En el fútbol la cosa no es distinta, por más que el campo mida cien metros de largo y el partido dure 90 minutos: sería preciso recurrir a las extenuantes estrategias dilatorias del *anime* —recuérdese la pintoresca serie *Supercampeones 2000*— para enmarcar allí una novela, así fuera la más breve. Por eso las obras maestras del fútbol literario anidan también en el cuento, y el mejor libro largo sobre el “deporte rey”, *Fiebre en las gradas* (1992) de Nick Hornby, es una reunión de crónicas pergeñadas a lo largo de varias décadas por un erudito y filosófico hincha del Arsenal, esto es, la suma rumiante de mil y un partidos. Otra cosa ocurre cuando el tema por tratar es una carrera ciclística de cientos de kilómetros a lo largo de valles y montañas que puede, con total autonomía, convertirse en la mejor aventura personal; aun así, ninguna historia de esa índole se ha hecho canónica en la historia de la literatura universal, pues están lejos de ese estatus *El Faraón o sin nada entre las manos* (1984) del narrador tolimense Héctor Sánchez y “El ciclista de San Cristóbal” (1973) del chileno Antonio Skármeta, un relato que se interesa más por la agonía de la madre del competidor que por la carrera propiamente dicha.

En *El ciclista*, Krabbé integra la trama aventurera de la carrera —el Tour de Aigoual del 26 de junio de 1977— con la reflexión y el anecdotario del especialista ciclístico. De nuevo en el tema que aquí más interesa —el dolorido heroísmo—, debe advertirse que la compleja armazón del libro deja ver, por un lado, a un narrador-personaje que



habla con cruda franqueza de su dolor a lo largo de 137 kilómetros, y, por otro, a un historiógrafo del ciclismo que sabe contar, por ejemplo, la historia de la muerte del británico Tom Simpson —ahíto de anfetaminas— en la subida al Mont Ventoux del Tour de Francia de 1967. Los párrafos de ambos temas se suceden con regularidad, de modo que la carrera va aproximándose a la meta con la velocidad suficiente para sentir el vértigo de la adrenalina, al mismo tiempo con la pausa necesaria para nutrir el noticiario ciclista de datos tan preciosos como inútiles. A propósito de esto último, resulta muy ilustrativo un chisme de Krabbé sobre el monumento que, en el monte maldito, guarda la memoria de Simpson: “Siempre que paso por delante lo saludo: ‘Hello, Tom’. En el Tour de Francia de 1970 Merckx se quitó la gorra a pesar de que el sol era abrasador y a él le había cogido la pájara” (Krabbé, 2010: 106). El mismo refinamiento enciclopédico también permite saber de otra batalla contra la adversidad: la del ganador de la clásica Milán-San Remo de 1910, quien tuvo que guarecerse de una tormenta de nieve, bajo un abrigo rocoso, durante media hora.¹

A pesar del lustre de la historia ciclística universal, lo que está en el centro del libro es la gesta particular de Krabbé. Por supuesto, una cosa se nutre de la otra: contar al mismo tiempo su historia y las de los grandes campeones pone al narrador en situación de gozar de los atributos de los héroes; el primero de todos, el de sobreponerse a las desgracias. Mientras que Hinault, en la Dauphiné Libéré de 1977, cayó a un barranco y se repuso para coronarse campeón —“entró en el precipicio como ciclista y salió de él como vedette”

(54)—, el narrador sale del bache de un dolor muscular demoledor y de un pinchazo inoportuno para arrimarse a la meta. Krabbé acerca su figura a la de los grandes corredores al sugerir que lo que justifica montarse en la bicicleta es algo mucho más visceral que los trofeos: “En entrevistas a ciclistas que he leído y en las conversaciones que he mantenido con ellos siempre acaba saliendo lo mismo: lo mejor de todo es el sufrimiento” (118). Es claro que tal aserto echa por tierra la teoría de Augé respecto de la ausencia del heroísmo francés, puesto que, sin que importen los títulos ganados, el sufrimiento individual nunca ha dejado de estar al orden del día. El Tour va por dentro.

Tampoco se sostiene en pie la idea de Augé de que el heroísmo esté compuesto de inteligencia. Krabbé —quien sin duda sabe de qué habla— tiene para sí que el ciclismo y el ajedrez son deportes opuestos a propósito del esfuerzo intelectual que exigen: mientras que el deporte ciencia pide genialidad en el jugador, el deporte sobre ruedas recomienda que su cabeza esté en blanco. Sobre la bicicleta no hay otra cosa que un animal obstinado: “Uno tiene poca conciencia encima de una bicicleta. Cuanto mayor es el esfuerzo que hace, menos conciencia tiene. [...] La frase machacona de alguna canción, una división que empiezas de cero y otra vez, la furia magnificada que sientes contra alguien bastan para llenar tus pensamientos” (40). Efectivamente, lejos del raciocinio de cualquier Capablanca, las asociaciones mentales del ciclista Krabbé van por la misma senda que las del narrador de *Hambre* (1890), la obra maestra de Knut Hamsun: un narrador a quien su locura lo lleva a inventar palabras mientras deambula sin propósito por las calles de Oslo; por su



parte, escribe Krabbé: “Una vez me obligué a mí mismo a pensar una palabra al azar. Totalmente al azar. ¿Se puede? Y de pronto ahí estaba: Batuvu Grikrik” (41). A diferencia del famélico personaje de Hamsun, el ciclista sí tiene el propósito de cumplir con un itinerario fijo —de hecho, esa es su única realidad—, y de ahí que sea mayor su necesidad de desviar para distraerse del esfuerzo físico.

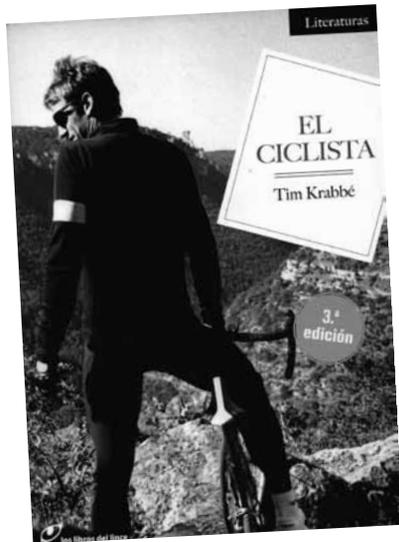
La tensión de la novela —y de la carrera— proviene justamente del divorcio entre el cuerpo y la cabeza del ciclista. La participación de Krabbé en el Tour de Aigoual es la historia de las decisiones que, en esa coyuntura más o menos esquizofrénica, se toman sobre la carretera: tolerar al primer escapado, dejar que se fuguen los verdaderos rivales, salir en pos de ellos, atacar para tomar la punta, levantar el *sprint* en el momento correcto. Llena la cabeza con la sola conciencia del dolor y del ahogo, el cuerpo se confía al instinto de sus impulsos y ejecuta lo que, desde fuera, los más cándidos ven como los movimientos de una sesuda estrategia. Incluso cuando la conciencia de la extenuación se borra en razón de su mismo exceso, el cuerpo llega a hacerse cargo de su propio cansancio: “Y a veces el sufrimiento acaba cuando te dejan atrás, pero eso es lo de menos. En tales circunstancias tu cuerpo se hace cargo de la situación, mientras tú lo observas anonadado” (133). Es por eso que, para ser ciclista, basta que haya una meta en algún lugar: la sola obstinación del bruto —en la que no deja de haber, en todo caso, un poso de vanidad— se encargará de hacer lo demás.

A pesar de todo, la novela de Krabbé logra probar que sí es posible una inteligencia específica de ciclista; por lo menos en

Krabbé acerca su figura a la de los grandes corredores al sugerir que lo que justifica montarse en la bicicleta es algo mucho más visceral que los trofeos: “En entrevistas a ciclistas que he leído y en las conversaciones que he mantenido con ellos siempre acaba saliendo lo mismo: lo mejor de todo es el sufrimiento”.

aquellos en quienes corre la sangre genuina de la disciplina. Por más que el sufrimiento o el esfuerzo animal impidan concentrarse en aspectos técnicos o estratégicos, al ciclista le queda el recurso de refugiarse en la evocación histórica. Dicho de otro modo: si de lo que se trata es de distraerse del dolor, nada mejor que hacerlo pensando en los mitos; si la subida al Mont Aigoual rompe las piernas, el esfuerzo será más llevadero si el corredor llena su cabeza con las imágenes de Eddy Merckx o Charly Gaul agonizando de asfixia en la cima del Mont Ventoux. Lo que alimenta al heroísmo y al mito no serían, en consecuencia, las imágenes cálidas de la vida cotidiana —las estampas de esos obreros en bicicleta y con pan francés en la canasta que tanto parece añorar Marc Augé—, sino las gestas reales propias del deporte. Los buenos antropólogos han preferido creer que la génesis del mito no es otra cosa que el mito mismo; a un mito siempre lo precede otro, y ninguno es el último. El poco lustre del actual ciclismo francés solo puede significar que el último mito —Hinault— ha estado, por razones contingentes, curiosamente alejado de su actualización.

El ciclista no sería, pues, una novela conformada por dos discursos distintos: la



narración de la carrera y la inserción de retazos enciclopédicos del ciclismo mundial. En realidad, solo habría una línea narrativa: la que trata de un ciclista que se esfuerza por ganar el Tour del Mont Aigoual y quien, demolido por el cansancio, invoca historias del gremio que estratégicamente le sirven de alimento espiritual. A veces las anécdotas recordadas son las de los grandes ciclistas, pero otras corresponden a episodios de la vida del propio Krabbé: su debut ciclistico, sus otras carreras, las frustraciones del pasado, las pequeñas glorias personales. De ahí que, cuando disputa el *sprint* final con el joven fanfarrón Reilhan, a su cabeza acuden las imágenes de las competencias atléticas de la infancia, ganadas a las niñas con base en su superioridad biológica. Solo para la derrota final no hay imagen paralela, pues justo allí se deshace el sueño —o la pesadilla— de la competencia y queda el dato histórico que ha de aglutinarse

en la memoria. Es legítimo suponer que cuando Krabbé corrió el siguiente *critérium* ciclistico o cuando disputó una nueva carrera al *sprint*, sus fuerzas provinieron del recuerdo de su derrota en Aigoual. Por lo demás, ¿cómo podría haber recordado las etapas previas de una carrera en que, para sobrevivir, tuvo que distraerse?

En conclusión habrá que decir que el ciclismo, más que pedir heroísmo, lo produce. Lo que es esencial en ese tipo de héroe es el gesto desinteresado que lo lleva a subir a una bicicleta para reventar de dolor, olvidarse de sí mismo en buena medida y alimentarse del lustre de las leyendas ajenas. Tim Krabbé lo expresa a su modo cuando sopesa lo que debería explicarle a una curiosa muchacha que ve pasar la carrera desde el andén: “Jamás podría hacerle entender que no me he metido en el ciclismo porque quiera adelgazar, porque me horrorice cumplir los treinta, porque me haya desilusionado de la vida de los bares, porque quiera escribir este libro o por cualquier otra razón, sino única y exclusivamente porque quiero correr en bicicleta” (67). Los medios justifican el fin. ■

Notas

¹ Es curioso que Krabbé no aporte el nombre del protagonista de esa hazaña bajo la nieve. Se trata de Eugène Christophe, ciclista francés ligado a otras historias entrañables: basta considerar que fue el primer ciclista líder del Tour de Francia al que le hicieron vestir el *maillot jaune*. Él mismo dijo que se sintió ridículo, pues un aficionado lo comparó con un canario.

Bibliografía

Augé, Marc (2009). *Elogio de la bicicleta*. Barcelona: Gedisa.
Krabbé Tim (2010). *El ciclista*. Barcelona: Los Libros del Lince.



Juan Carlos Orrego Arismendi (Colombia)
Profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia.